

tomaba el sesgo ordinario.» Manojos de cuerdas que recuerdan los *quipus* de los peruanos y que son de color encarnado cuando significan una amenaza de pronta venganza, anuncian las reparaciones que una tribu ofendida por otra exige de ésta. Cada tribu tiene su territorio completamente cerrado á los extraños, de suerte que un extranjero no puede penetrar en los dominios de otra tribu sin previo permiso. Falkner dice que el forastero debe indicar por medio de señales de humo su presencia en extraño suelo. Entre los guerreros encontramos tan desarrollado como en Fidschi el sistema del Lacu, es decir de los dos hermanos guerreros íntimamente unidos hasta la muerte. Del sistema de estirpes tan exactamente practicado en la América del Norte con sus trascendentales y notables consecuencias (exogamia, derecho materno y ginecocracia) sólo se han conservado aquí, al parecer, algunas huellas.

## CAPÍTULO VII

### LOS FUEGUINOS (1)

«Los fueguinos son los hombres acúaticos antárticos ó magallánicos.»

PICKERING

El archipiélago sudamericano. - Naturaleza. - Plantas y animales útiles. - Territorios habitados é inhabitados. - Raza á que pertenecen los habitantes. - Trajes, adornos, armas, utensilios. - Alimentación. - Antropofagia. - Comercio de cambio. - Familia. - Sociedad. Estado. - Huellas de potencias espirituales.

Con Darwin podemos describir la Tierra del Fuego como país montañoso en parte hundido en el mar de suerte tal que profundos golfos y bahías ocupan en la actualidad el sitio que antes debieron ocupar los valles. Los territorios montañosos, excepción hecha de la costa occidental desde el borde del agua hacia arriba, están cubiertos por un espeso bosque que se extiende por las montañas hasta una altura de 300 á 500 metros. Entre estas alturas y el límite de la región de las nieves perpetuas que por término medio está á una elevación de 1000 metros, aparece una comarca medio prado turboso medio páramo montañoso en donde crecen algunas enanas plantas alpinas, forma de vegetación que también se nos presenta en todos aquellos puntos en que aparecen terrenos llanos. Sin embargo, el carácter montañoso se nos ofrece tan marcado que las llanuras que vemos aun en las inmediaciones de la costa son pocas en número y de muy reducidas dimensiones y hasta en los sitios en que existen su naturaleza pantanosa las hace poco fértiles y difícilmente franqueables. De aquí que ofrezca grandes dificultades el penetrar, dadas estas condiciones, en el interior del país y así se explica que las aisladas familias de los fueguinos permanezcan casi exclusivamente en la costa y mantengan apenas relaciones entre sí. Dentro de

(1) Los nombres de Tierra del Fuego y de fueguinos se explican de dos maneras. Unos los relacionan con la costumbre muy seguida por los pueblos pescadores de llevar constantemente fuego en sus canoas. Dice el capitán Marcial: «Sus pieles, como se comprenderá, no les resguardan del frío; por esto llevan siempre consigo fuego, debiendo atribuirse á esta costumbre los nombres que se han dado al país y á sus habitantes.» Otros los hacen derivar de las muchas hogueras que en el país se encienden; así por ejemplo Fitzroy cuando remontó el Beagle-Canal encontró recientemente justificado el antiguo nombre de Tierra del Fuego, puesto que los indígenas espantados ó sorprendidos encendieron hogueras en las alturas, ya para llamar la atención sobre ellos, ya para transmitir la noticia á otras tribus. Esto último, sea dicho de paso, significaría un grado de cohesión de las tribus mucho mayor del que generalmente se admite como cierto.

los bosques que cubren la mayor parte del territorio el suelo aparece oculto bajo una gran cantidad de materias vegetales que van poco á poco pudriéndose y que forman una capa gruesa y elástica.

Los bosques de la Tierra del Fuego están formados únicamente por una especie de haya, *Fagus betuloides*, que conserva sus hojas durante todo el año: éstas son pequeñas y de un color verde oscuro con puntos amarillos. Este color, dada la gran extensión de los bosques, influye mucho en el carácter total del país dándole un aspecto opaco y sombrío, al que no deja de contribuir la poca frecuencia con que los rayos del sol animan aquel suelo, pues los árboles tronchados y raquíticos por efecto de los vientos y tempestades que en tales alturas reinan, forman, á pesar de que sus troncos no tienen más que un metro ó un metro y medio de alto, compactas masas que á los ojos del viajero parecen sotos de recortados bojés. Por lo demás, no todo el territorio está cubierto de bosques, pues que éstos se encuentran interrumpidos no sólo por terrenos peñascosos y bancos de hielo, sino también por prados, de modo que ya Narborough dice: «Si existiera un verdadero deseo por cultivar la tierra, no se opondrían á ello ciertamente las selvas, pues en muchos puntos aparecen sitios cubiertos de hierba que á menudo han tomado los navegantes por restos de tentativas agrícolas hechas por los españoles.»

El clima de la Tierra del Fuego es extraordinariamente frío, húmedo y ventoso, carácter que prevalece decididamente á partir de los 50° de latitud Sud: la temperatura media en Ushuaia es de 5° 4'. Darwin señala como temperatura media de la Tierra del Fuego á los 53° 37' la de 5°, subiendo en verano á 10 y descendiendo en invierno á no mucho más de 0°, lo cual concuerda bastante con las modernas observaciones. El invierno corresponde al nuestro y el verano es el mismo que en las comarcas septentrionales de Noruega. Las lluvias no son abundantes y caen con mucha regularidad en el curso del año. El rasgo característico más desagradable de este clima lo constituye el carácter tempestuoso de la atmósfera debido á la poca presión del aire que aun en la actualidad hace que los alrededores del estrecho de Magallanes y del cabo Hornos sean considerados por los navegantes como unas de las aguas más peligrosas.

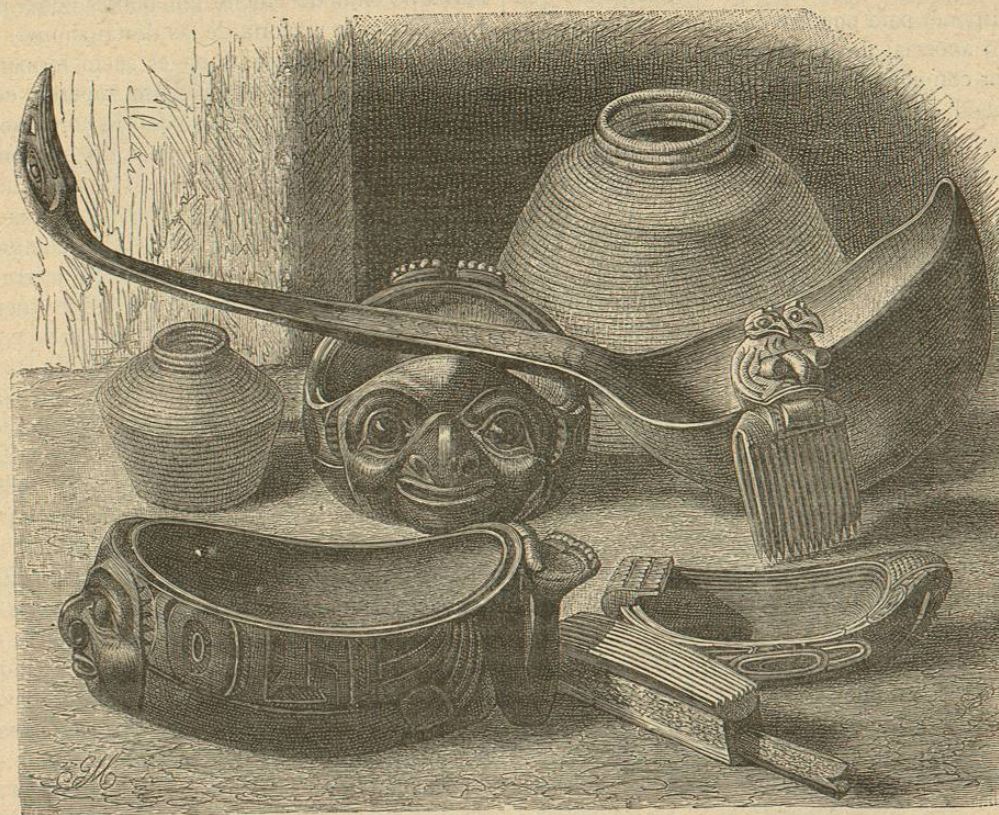
Este país es sumamente pobre en plantas útiles: en los tallares de los bosques de la Tierra del Fuego aparecen como árboles provistos de bayas comestibles aunque las más de las veces insípidas la grosella (*Ribes magellanica*), el bérberis (*Berberis dulcis*), una yayuba (*Empetrum rubrum*), la enredadera *Rubus geoides* y el *Myrtus memmolaria* que es, quizás, la más sabrosa. También comen los indígenas las bayas de una *Pernetia*. Darwin cita, además, entre las plantas útiles de la Tierra del Fuego el apio silvestre y la coclearia, pero añade que la utilidad de las mismas no había sido aun descubierta por los indígenas. En cuanto á las numerosas hierbas que allí tanto abundan, ninguna de ellas es utilizada: las plantas venenosas parecen completamente desconocidas. Las maderas que los fueguinos emplean para sus armas son en la Tierra del Fuego propiamente dicha el boj y la magnolia (*Drimys*): en las Chonos utilizase además de éstas el *Libocedrus*. Con juncos se tejen cestas y el *Berberis ilicifolia* y el *Maytenus magellanica* proporcionan esbeltos palos para mangos de flechas.

En ningún pueblo como en este desempeñan las setas tan importante papel en la alimentación: hay varias clases de setas de tierra que se comen crudas y dos clases de agáricos, uno de los cuales, el *Cyttaria Darwinii*, constituye uno de los principales alimentos vegetales de los fueguinos

y es una seta esférica, de un color amarillo claro que en grandes cantidades crece en los troncos de los bojés; mientras es tierno es elástico y distendido, pero cuando se vuelve viejo se arruga y endurece cubriéndose toda su superficie de cavidades como un panal de miel. Las mujeres y los niños comen grandes cantidades de estas setas cuando han alcanzado su madurez, es decir cuando están duras. Si exceptuamos á Nueva Zelandia, cuyos indígenas se comen los tubérculos de un helecho, en ningún punto del globo encontraremos, como en la Tierra del Fuego, que

sirva en tan alto grado de alimento un producto de las más humildes especies vegetales.

La fauna de la Tierra del Fuego es pobre en animales terrestres y abundante en los marítimos. Como mamíferos de tierra sólo encontramos un guanaco, una especie de ciervo, dos zorros, un murciélago, algunos ratones y otros pequeños roedores, animales todos que únicamente viven en los territorios orientales. La fauna marítima es mucho más rica; en ella vemos los más importantes animales de caza de los fueguinos á quienes proporcionan las principales



Esculturas indias del Noroeste de América: cuchara de cuerno, cestas, peine, escudillas para el aceite de ballena, agotador, martillo de corteza (Museo para Etnografía) 1/6 de su verdadero tamaño

prendas de sus trajes, á saber: la foca, la nutria y el hipopótamo. En clase de alimentos hay en primer término los mariscos y los cangrejos, hoy quizás más utilizados que antiguamente. Los tiburones han ido desapareciendo de los canales de este país á consecuencia de las continuas asechanzas de que han sido objeto y el *Arctocephalus* especialmente sólo se deja ver en la actualidad entre los arrecifes inaccesibles.

Estas pobres playas están habitadas por una población escasa cuyo número total no excederá de 15.000 habitantes y aun de éstos los más viven en la costa, puesto que sólo se alimentan de pescados y de mariscos. Únicamente los territorios orientales de la Tierra del Fuego son recorridos por una rama de los cazadores nómadas patagones, los onas, que persiguen á los guanacos: de ellos no hablaremos tanto menos cuanto en este país mezcla con los nómadas de la costa ó fueguinos puros no ha servido nunca para otra cosa que para hacer más oscura la imagen que de éstos hemos de formarnos. De la ya citada cifra de población se desprende que existen en este país extensos territorios inhabitados; esto no obstante, han padecido un error los que han supuesto deshabitado todo el archipiélago entre Chile y Tierra del Fuego, entre los cuales se cuenta C. Martin que achaca esta cualidad especialmente á los archipié-

lagos de las Chonos y de las Guaytecas. Dada la escasa población y la cifra frecuentemente varia de la misma, no es aventurado asegurar que la especie humana estuvo sujeta á continuos flujos y reflujos. Los isleños chonos, por lo menos, habitaban ora en las islas ora en el continente y aun se dice que el jesuita García llevó á Chiloe y estableció allí á una familia que habitaba en una de las islas del estrecho de Magallanes. En las islas Guaytecas se han encontrado cavernas con momias y armas de piedra y en 1872 el capitán Simpson encontró en una de aquéllas una familia cuyo aspecto le recordó á los indios de Chiloe. Coppinger ha dado recientemente algunas noticias acerca de los escasos pobladores de las Chonos, de suerte que este archipiélago ha de ser contado de todos modos entre los territorios actualmente habitados.

Desde muy antiguo han sido los fueguinos descritos como la raza más inferior de cuantas se conocen; aun haciendo caso omiso de los antiguos mapas marinos que suponían á esta comarca poblada de hombres con cola, vemos que desde Malthus hasta Darwin pocos han sido los etnógrafos que no han aceptado como buena la afirmación de que «esta era una raza pacífica sí, pero sumamente animal.» Hasta en época muy reciente no se convenció el mundo científico de que los fueguinos, considerados puramente desde el punto de vista corporal, no eran una raza más baja

que cualquier otro grupo de los mongoloides. Sus frecuentes visitas á Europa han contribuido muy mucho á esta aclaración. Es indudable que á no ser por el color de su piel y quizás también por la condición de sus cabellos, podrían vestidos á la europea pasearse entre nosotros sin llamar mucho la atención. Determinar qué es lo que en su modo de ser espiritual podía quizás justificar la opinión de los que habiéndose puesto en contacto con ellos en su propia patria les señalaron un puesto tan inferior en el orden de las razas, ha sido tarea de todo punto imposible para los observadores circunspectos, dado el poco tiempo de que han podido disponer para ponerse en íntimo contacto con ellos y dado lo anormal de las circunstancias en que les fué dado entrar con ellos en relaciones. Esto no obstante, puede, en general, afirmarse que cuanto más de cerca se estudian y conocen sus dotes espirituales é intelectuales, tanto más aumenta la buena opinión que merecen, habiéndose realizado en este concepto, desde los tiempos de Darwin y de Fitzroy acá, una porción de progresos gratos no sólo científicamente sino también desde el punto de vista humanitario. A este propósito recordamos, entre otras, la confesión de un observador crítico como Topinard que compendia sus experimentos en los siguientes términos: «La primera mañana que pasé con ellos dejó en mi ánimo muy mala impresión; parecíanme aquellas gentes el non plus ultra del bestialismo y de la tontería. Ciertamente que vi á uno de aquellos hombres excitarse y montar en cólera porque le miraba fijamente sin hablarle mientras iba tomando datos. El concepto que de ellos formé fué el mismo que formó Darwin cuando vió en la isla de Wollaston á los seis fueguinos desnudos. Pero en la segunda visita que les hice portéme con ellos de una manera distinta que en la primera y hasta llegué á tomar parte en sus juegos: entonces se me aparecieron bajo una luz diferente, es decir los consideré como seres infelices y tímidos, molestados por la necesidad de exponerse al público, pero á pesar de ello bondadosos y alegres y dotados de gérmenes de aptitudes y sentimientos de todas clases cuando no se les atemoriza sino que, por el contrario, se les trata con confianza.» Esta experiencia es típica. En realidad los fueguinos, aunque oprimidos por lo miserable de su situación, son en el fondo indios como los demás y como á tales debe aplicárseles en general el juicio que acerca de éstos hemos emitido oportunamente.

El traje en vez de perfeccionarse á medida que avanza hacia el Sud, en donde aumenta la crudeza del clima, aparece más pobre y más insuficiente, es decir, en vez de mejorar empeora. Los hombres y los niños van casi completamente desnudos: algunas veces llevan simplemente un pedazo cuadrangular de piel de foca echado sobre los hombros que puede correrse de un lado al otro para resguardar al cuerpo de las tempestades, pero se desprenden de él en seguida que entran en tratos para hacer el comercio de cambio. Los primeros viajeros que visitaron este país encontraron capas de piel de pingüi elegantemente confeccionadas que desaparecieron hace mucho tiempo con los animales que proporcionaban la primera materia para las mismas. La capa de piel de los patagones ha pasado aquí por lo menos á formar parte del traje aun de las mujeres, pero aparece muy rara vez entre los jagahnes de las costas fueguinas expuestos á más excesivos rigores llevando las mujeres de esa tribu, además de la capilla de piel, sólo un pedazo de tela arrollado á la cintura. Bove no vió entre los alakulufes ninguna piel de guanaco. Los adornos de estos pueblos son sumamente sencillos: así los hombres como las mujeres se adornan con cordones de conchas de mariscos

ó de dentalias, con plumas, con collares y brazaletes de piel de foca colgando de los primeros los objetos más raros como pedazos de cristal, hierros, llaves, grandes mariscos y otras cosas análogas (véase el grabado de la pág. 93): hombres y mujeres se pintan algunas veces el rostro con carbón ó con una pasta de ceniza blanca. Entre los chonos aparece tan generalizada en los hombres la falta de un diente que es forzoso suponer que se lo arrancan por algún motivo especial.

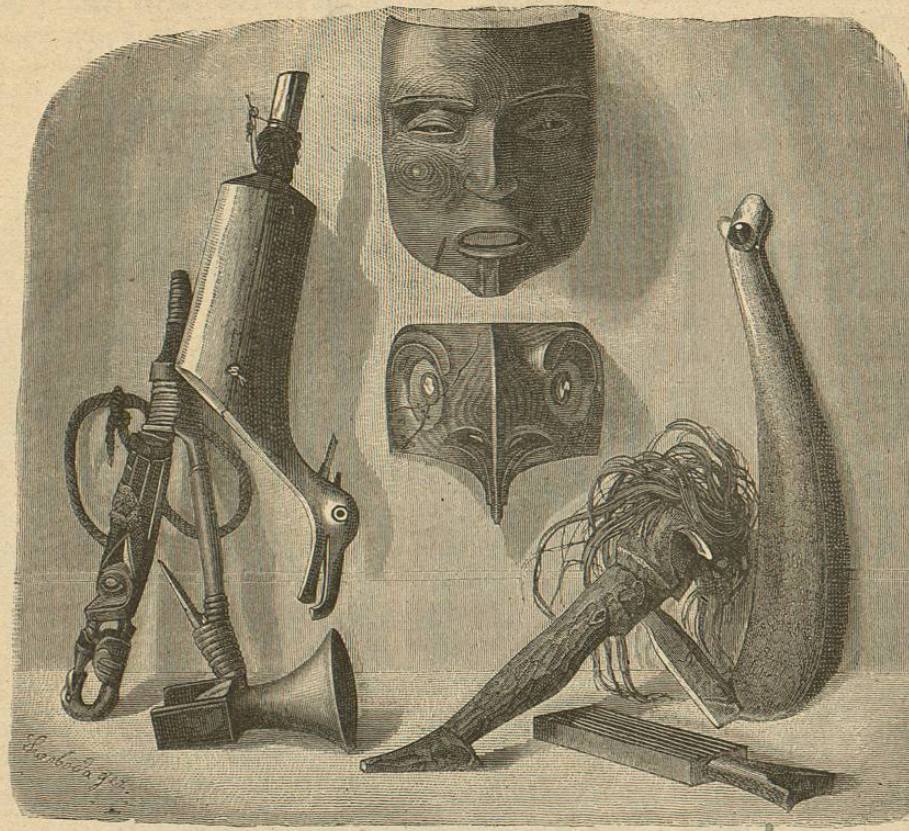
Las cabañas que Fitzroy encontró en Puerto de Santa María no eran de mucho tan pobres como podría creerse á juzgar por la mayoría de las descripciones: consistían en esbeltas estacas clavadas en el suelo formando círculo ú óvalo que arqueadas en su parte superior constituían un armazón cónico que luego se cubría con ramaje ó con pieles dejando sólo dos aberturas que miraban una al mar y otra al bosque; en el centro de esta choza se encendía el hogar. Coppinger nos describe de una manera análoga las cabañas de los chonos que compara con pilas prolongadas de heno. Lo que se dice acerca de agujeros dormitorios practicados en el suelo y de otras cosas semejantes corresponde á un estado de cosas excepcional. Bove cita hablando de los jagahnes, además de las chozas habitables, pequeñas cabañas destinadas á fines supersticiosos.

Muy acertadamente denomina Pickering á los fueguinos «los hombres acuáticos antárticos ó magallánicos;» las puntas de lanza y de flecha de hueso y los delgados remos de estos indígenas le recordaron mucho á aquellos americanos nortoccidentales á quienes califica de hombres acuáticos del Noroeste ó aleutianos. De todas maneras, las canoas tienen para los fueguinos casi mayor importancia que las cabañas, pues en ellas permanecen la mayor parte del día y aun días y noches seguidas. Ya hemos dicho que esta constante permanencia de los fueguinos en sus estrechas canoas se traduce en ciertas deformidades corporales. Las canoas son siempre de construcción muy sencilla: las de los jagahnes consisten en cortezas de haya atadas unas con otras sin arte alguno por medio de cuerdas de juncos, y como no son impermeables uno de los tripulantes tiene que ir agotando continuamente el agua que en ellas se introduce. Por la noche los botes son llevados á tierra. Las canoas de los chonos son también rústicas y se componen de cinco tablas de las cuales una, de 6 metros de largo por  $\frac{2}{3}$  de ancho, forma el suelo apareciendo por sus dos extremos arqueada hacia fuera, al paso que las otras cuatro, de  $\frac{1}{2}$  metro de ancho, constituyen los costados: estas tablas están atadas entre sí con cuerdas de *Campsidium chilense* y el calafateo se hace llenando las rendijas con cortezas. Dos remos de ancha pala mueven la canoa que constantemente está haciendo agua que agota una mujer vieja: el timón está confiado á una joven. Casi todas las embarcaciones ostentan en su centro el fogón de arcilla que tanto ha contribuido á dar nombre á esos nómadas acuáticos.

Las armas de los fueguinos están destinadas en su mayor parte á la caza de las focas y de los grandes peces (véanse los grabados de las págs. 96 y 97), ocupando entre ellas el primer lugar el arpón compuesto de un mango de 2 y  $\frac{1}{2}$  á 3 metros de largo, de madera de haya ó de magnolia (entre los chonos también de *Libocedrus*) tallado angulosamente, en cuyo grueso extremo anterior hay clavada una punta de hueso de ballena á la que va atado un cordel de huesos de foca de 20 metros de longitud. La lanza de pescar que tiene casi la misma longitud y está fabricada con la misma madera ostenta en la punta un hueso largo y muy afilado. Para la caza de pájaros se emplea la honda con la que se hace blanco á 25 y 30 metros. Los

cuchillos consisten en una concha de marisco y en una piedra redonda que forman respectivamente la hoja y el mango y que están atadas con una tira de piel; pero desde que los buques europeos y americanos frecuentan estas costas úsanse también cuchillos y destrales de hierro. Coppinger dice hablando de los chonos que cada grupo de doce personas lleva consigo una destral de hierro obtenida bien de los restos de un naufragio, bien por medio del comercio, y que sólo en muy raros casos se encuentran armas formadas por un pedazo triangular de hierro clavado en un mango de madera hendido. El propio autor no ha encontrado

más que una destral de piedra y aun ésta en un montón de escombros de muy antigua fecha. En donde aparece en mayor cantidad el hierro es en el territorio de los alakulufes, que son los que en más frecuente contacto están con los buques. El arco, la flecha y el cuchillo son las únicas armas de los onas; los jagahnes y los chonos, en cambio, ó no las poseen ó hacen de ellas un uso muy limitado. En la actualidad empléanse, al parecer, para la confección de puntas de flecha los cristales de las botellas; según parece no hay en la Tierra del Fuego piedras á propósito para ello, obteniéndose quizás de los patagones por medio de



Utensilios indios del Noroeste de América: carracas, máscaras, anzuelos, pala, porras y destral (Colección de Cook, Museo etnográfico, Viena)

cambios. Estas puntas de flecha están fuertemente adheridas al mango. Lubbock pretende equivocadamente que apenas están clavadas en él suponiendo que lo hacen así para que los cristales se queden dentro de la herida. En cuanto á la forma no existe, al parecer, diferencia entre las flechas de caza y las de guerra. El arco consiste simplemente en una rama de haya ó de magnolia arqueada y la cuerda es un tendón de foca: los mangos de las flechas son generalmente de berberis fueguino ó del arbusto *Maytenus* (nombre que los jagahnes dan al mango mismo) y están pulimentados y cortados de manera que el centro aparece más grueso que los extremos. Los alakulufes, que también utilizan el arco y las flechas, construyen el primero de un modo más imperfecto bajo todos conceptos y las puntas de las segundas más pequeñas y los mangos más rústicos y hacen menos sólida la unión de éstos con aquéllas. Los onas y los alakulufes usan carcajes de piel de foca y entre ellos menciona O. van Noort un arma parecida á las bolas de que no hablan los posteriores observadores.

La aptitud artística de estos pueblos está á un nivel tan bajo que sólo produce cestas entrelazadas y cintas de mariscos: la alfarería y el arte de trabajar el hierro son completamente desconocidos á pesar de que desde hace mucho

tiempo este metal constituye para los fueguinos un objeto en extremo codiciado. En el número de utensilios debemos hacer mención de unas vasijas cilíndricas hechas con corteza de *Drimys Winteri* y destinadas á guardar el agua (véase el grabado de la pág. 100).

Darwin refiere hablando de los fueguinos del canal Beagle, tan atrasados en punto á cultura, algunos hechos que demuestran la existencia entre ellos de cierta noción del cambio: así por ejemplo dió á uno un clavo sin hacerle la más mínima indicación de que esperaba un regalo recíproco y sin embargo el fueguino fué inmediatamente á buscar dos pescados que le ofreció en la punta de su lanza. Si desde un buque se arroja un objeto á una canoa y va á caer en otra, téngase por seguro que será entregado sin la menor resistencia á aquel á quien iba destinado. Los géneros que más profunda impresión les causaban eran el hierro, el paño encarnado y las cuentas azules; estos dos últimos que sólo servían de adorno eran con mucha frecuencia preferidos al primero. Modernamente las cuentas azules y blancas han pasado á ser los objetos predilectos para los cambios, según nos refieren en sus memorias Bove y Lovisato.

La fuente principal de la alimentación de los fueguinos es el mar que en primer término les proporciona mariscos.